

LA VIDA BREVE DE LAS MARIPOSAS¹

PAU BASCOMPTE

Autor independiente

paubascom56@gmail.com

Quisiera poder empezar a relatar esta historia desde el principio, si tan solo fuese tan sencillo situarlo. El tiempo es, a menudo, como una línea de tiza a la que se le han difuminado los extremos; como un sueño profundo: uno no sabría decir cómo ni cuándo empezó, tan sólo sabe que está sucediendo.

En el caso de esta historia, el cura diría que empezó con el “sí quiero”, la matrona apostaría por mi nacimiento y el terapeuta optaría por el primer bofetón. Si me preguntan a mí, diría que el matrimonio de mis padres ya estaba hundido mucho antes de la llegada de Carlo.

En mi esfuerzo para plasmar una sensación, mi infancia jamás se me evocó como particularmente dura, aunque para muchos se podría describir como infeliz. Nací un 20 de noviembre, con la lluvia y el viento azotando los cristales del salón (o eso me han contado siempre), parto natural y en casa, como mandaba la tradición familiar, aparentemente sin ninguna complicación. De mis primeros años, como es lógico, no almaceno ningún recuerdo, mas sí albergo una sensación, un afecto manchado por la resignación.

Tenía 7 años cuando llegó Carlo, y ya por aquel entonces había presenciado las muchas hostilidades entre papá y mamá. La inmensidad de la casa lograba ensordecer los constantes gritos, pero eran otros gritos los que escuchaba, gritos silenciosos, gritos en las miradas y en los gestos, y estos gritos no se ensordecen ni con un millar de paredes. Las discusiones llegaban a durar semanas y aprendí a abstraerme del mundo que me rodeaba. Después siempre terminaba por acabar en los llorosos brazos de mi madre y la ausente contemplación de mi padre.

¹ Recommended Citation: Bascompte, Pau. “La Vida Breve de las Mariposas.” *Journal of Artistic Creation and Literary Research* 13, no. 2, 2025, pp. 1-15: <https://reunido.uniovi.es/index.php/jaclr/index>

Marta, madre por elección, sometida por obligación, nació en Portugal, pero en su temprana infancia emigró. Creció rodeada de artes y letras, con un padre ensayista y una madre escultora, recibiendo todo el amor que unos padres pueden ofrecer, pero el dinero que unos artistas pueden generar. Nunca se rodeó de lujos ni opulencia, sino que se decidió a encontrar el valor en las pequeñas cosas. Fue, hasta el día que conoció a Pedro, una chica genuinamente feliz.

Pedro fue la confirmación de la principal ley del magnetismo: los polos opuestos se atraen. Criado en el seno de una familia de cierto nombre, aprendió rápidamente el valor del dinero, y que un hombre de éxito no solo ha de serlo, también ha de parecerlo. Empresario desde joven, tomó las riendas del negocio familiar para recibir orgullo paternal en forma de afecto, objetivo que nunca logró. Su padre (mi abuelo, aunque jamás lo conocí) era de la vieja guardia, su máxima era: el respeto se consigue con autoridad, no con amor.

Planteado este contexto, es difícil imaginar cómo pudieron estos dos individuos enamorarse. Honestamente, yo tampoco lo comprendo, pero de no ser así no estaría hoy aquí, planteando estas palabras. La cuestión es que, según se me contó toda mi vida, mamá tenía un talento extraordinario para la escritura, no tan solo por los genes de ensayista, sino por la sangre de artista. Tal fue así, que cuando hubo escrito su primera novela (o intento de ello, como solía decir), cayó en manos de una editorial que no quiso saber del manuscrito nada: “torpe, inexperto y pretencioso”, fueron los adjetivos exactos. Con el corazón y las ilusiones rotas, arrojó el manuscrito en el primer contenedor que pudo encontrar. En ese momento, cuenta la leyenda que un joven Pedro andaba haciendo negocios por la zona cuando reparó en el manuscrito abandonado y, picado por la curiosidad, decidió darle un hogar. Lo que no esperaba el joven es que, al empezar a leer las primeras palabras, quedaría atrapado en una espiral de sentimientos que no cesaría hasta llegar al punto final. Tras aquello, el joven Pedro no vio otro movimiento sino ir en busca de la misteriosa autora. Transcurridos días de incesante búsqueda, contaba que al final encontró a la susodicha y que, con la primera mirada, proyectaron su futuro juntos. Ni que decir tiene que Pedro se encargó de financiar cada peseta para la publicación del libro que supuso la Opera Prima de la brillante Marta.

Semanas y meses de pasión sucedieron, y no llegó a un año de cortejo cuando Pedro pidió la mano de mamá, y el siguiente abril ya estaban sonando las campanas de

boda. Mas no es oro todo lo que reluce, pues lo malo de la pasión es que actúa en ambas direcciones.

Quisiera poder decir que la infelicidad llegó a raíz de un acto concreto, pero al no estar presente, tan solo me queda el testimonio de mamá. Me contaba ella que durante los primeros meses fueron muy felices. La emoción de los recién casados afloraba a menudo y eso aseguraba la complacencia de la relación. Fue cuando la monotonía finalmente reinó en su hogar que Pedro se empezó a mostrar tal como era. El hombre de negocios que antes dejaba siempre al salir de su oficina empezó a acompañarle un rato más, cada vez un paso más lejos, hasta que finalmente llegó a su casa como un huésped.

Marta, que siempre se había sentido como un espíritu libre, empezó a sentir su vuelo cada vez más pesado. Comentarios, gestos y miradas mostraban la creciente animosidad de Pedro respecto la personalidad de su esposa. Aquello que lo había encandilado hacía más de un año ya, era ahora una carga. Una mujer que no mantiene la casa impoluta, una cocinera mediocre, una amante insuficiente; esa no era la persona de la que se había enamorado, y así se lo empezó a demostrar. Al poco tiempo, las sonrisas entre ambos ya escaseaban y las carcajadas se extinguieron. Eventualmente, se convirtieron en un matrimonio infeliz.

Fue precisamente esa infelicidad lo que los llevó a tomar una vía desesperada para salvar su relación, la vía de la concepción. Decidieron, pues, engendrar una criatura a quien poder dedicar el amor que ya no se profesaban, pero incluso esta esperanza les costó, literalmente, sangre, sudor y lágrimas.

En cuanto a la pasión de mamá, tres novelas surgieron por aquel entonces de sus días juntos. La primera: una epopeya de libertad y sensaciones, una oda al espíritu; la segunda: un manifiesto existencialista con la naturaleza humana como punto de reflexión; la tercera: un pseudo ensayo dramático que dejó las tragedias griegas como cómicas. Tras el fracaso de esta última, junto con el de su matrimonio, su espíritu se quebró, y cuando Pedro le “propuso” tener una criatura, pensó que podría suponer el motor a una vida que ya aborrecía. Se equivocó.

Empezaron los primeros intentos. Trataron de recrear el enamoramiento que algún día habían sentido, aunque tan solo fuera por una noche. Eventualmente, el esfuerzo dio sus frutos, planteando un panorama alentador de cara al futuro, pero ni tres semanas sucedieron desde la noticia cuando un fuerte dolor asaltó a Marta por sorpresa y, entre

sangre y sollozos, perdió la criatura. Esa no fui yo. Tampoco fui la de los siguientes cuatro embarazos. Fui la que llegó cuando habían pasado ya más de dos años y la esperanza, así como el esfuerzo, habían desaparecido. Llegué en la concepción después de un acto puramente automático y desilusionado, cuando mi hogar se había convertido en un cementerio acechado por las sombras de todos mis hermanos.

Como ya he dicho, me contaron que nací un día de lluvia y viento, sin complicaciones. Pedro no supo cómo reaccionar. Por fin pudo sujetar la criatura que llevaba años deseando, pero su ilusión ya se había desvanecido, y con ella todo amor que pudiese haberle dado. Mamá lloró. Lloró al parir, lloró al sujetarme y lloró durante semanas. Nunca supo decirme si fue de tristeza o de felicidad, supongo que no es tan sencillo diferenciarlo, pero lo que sí sé es que, hasta la llegada de Carlo, fue la única persona en brindarme amor.

Mes de Junio. Tarde soleada. Pedro está fuera en alguna visita comercial. Mamá está tumbada en el sofá devorando la revista del corazón de turno. Yo estoy en mi habitación, jugando con mi hornillo o con cualquiera de mis juguetes. El timbre suena. Oigo que mamá se levanta a abrir y me apresuro a escuchar, oculta, qué ofrece el misterioso invitado.

- Buenas tardes, señora, disculpe mi impertinencia a estas horas de la tarde.
Mi nombre es...

- Dios santo, está usted empapado. No debe ser sano andar por estas fechas con traje y corbata. Pase, y le sirvo un poco de limonada. Puede dejar su chaqueta en el recibidor.

En ese momento, todavía escondida, puedo ver, aunque brevemente, el hombre al que pertenece la voz. Reconozco a un hombre mayor, mucho mayor que yo, pero con notable diferencia respecto a mis padres. Tiene el pelo oscuro y es más alto que mamá. Va vestido con camisa y chaqueta, aunque esta se la retira rápidamente. Se dirigen al cuarto de estar, donde el hombre toma asiento en un sillón. Hago esfuerzos para contemplarlo mejor, pero advierte mi presencia, brindándome una silenciosa sonrisa. Me vuelvo a esconder. Llega mamá con la limonada y dos vasos.

- Mucho mejor así, ¿verdad? – Dice mamá, sirviendo la limonada – Ruego me disculpe la interrupción. Estaba usted presentándose.

- Sí, esto... como le decía, mi nombre es Carlo Francesco, aunque puede llamarme simplemente Carlo. Como podrá comprobar por mi acento, no nací en España. Nací en una ciudad italiana llamada Bari, donde pude aprender vuestra hermosa lengua. Ahora, con 25 años, me he decidido a dar el paso y lo he dejado todo para venir a este país. El motivo de mi visita es, honestamente, ofrecerme como trabajador.

Mamá toma un trago de limonada.

- ¿Y qué servicios ofrece usted, exactamente?
- Los que requieran. Me considero una persona hábil en muchos sentidos. Puedo llevar las tareas del hogar, puedo mantener el jardín y la casa, puedo cocinar, puedo... cuidar niños. – Menciona, mirando hacia donde minutos antes he sido descubierta.

Mamá sonríe.

- Tiene usted buen instinto... Lo cierto es que esta es una casa muy grande para solo tres personas. – hace una breve pausa – ¡Laia! – grita mamá – Ven a conocer a nuestro invitado.

A tan solo unos pasos del cuarto de estar, tarde unos segundos en hacer cualquier gesto. Espero a la segunda llamada antes de aparecer por la puerta.

- Esta, señor Carlo, es mi querida niña. Tiene diez años tan solo, pero es extremadamente sagaz. ¿Tendría usted reparo alguno en darle cuidado?

Cara a cara con el hasta entonces desconocido, puedo apreciar mucho mejor sus rasgos. Unos ojos marítimos combinan con un cabello de azabache para completar un rostro perfectamente rasurado e improvisto de arrugas. Le brindo una sonrisa tímida y bajo vergonzosamente la mirada.

- Estoy seguro de que nos llevaremos fenomenal. – responde Carlo.

A partir de ese día, la luz volvió a nuestro hogar. Por lo menos para mamá. De pasar sus días tirada al sillón del cuarto de estar, leyendo cual fuera la revista que tocara ese día, ahora se entretenía observando a Carlo trabajar, incluso conversando con él de vez en cuando. Convencer a Pedro de su contratación no fue tarea fácil, no concebía la idea de que un hombre, y menos de tal juventud, tuviera que realizar las labores que a una esposa le tocaban por el hecho de serlo. Al final, sus aptitudes como jardinero y como

manitas decantaron la balanza a su favor, pues eso no podía hacerlo mamá, por el hecho de serlo. Accedió, no de buena gana, pero accedió.

Por mi lado, yo estaba contenta de tener a alguien con quién jugar. Al principio, reconozco, me hacía la tímida y me ocultaba a propósito de su presencia. Pero ver a mamá feliz por su compañía me ablandó, y cuando un día me sorprendió cocinando un manjar de plastilina, se ofreció como comensal. Ese momento marcó el inicio de nuestra amistad.

Mamá volvió a escribir. No lo sabía tan solo porque me lo contara, sino porque la veía tardes enteras enfrascada en su estudio escribiendo borradores, tachando líneas y reduciendo hojas enteras a una mera bola de papel. De esas tardes salió una novela, Campos de Trigo, una oda rural que apelaba a la sencillez de la vida. Fue un éxito rotundo.

Pasaron los años y la presencia de Carlo se hizo cada vez más notable en nuestras vidas. Comía en nuestra mesa, se sentaba en nuestro salón y, cuando nos íbamos de vacaciones, compartía nuestros días. Fue, a efectos prácticos, un hermano para mí. Poco a poco, me introdujo en sus clases particulares de italiano, empezando con las expresiones básicas y avanzando cada vez a mayor nivel. Para cuando cumplí los catorce, ya era capaz de mantener una conversación fluida con Carlo. El italiano se convirtió en nuestra lengua secreta.

Un día, curioseando, encontré unos dibujos. No se parecían en nada a los que yo solía hacer, rozando el abstractismo. No, eran dibujos hiperrealistas de edificios, puentes y paisajes urbanos. Yo no lo sabía entonces, pero aquello eran los primeros bocetos de la pasión de Carlo por la arquitectura. Al enseñárselos a mamá pude ver el asombro en su mirada, y cuando al fin pudo confirmar su autoría, se convirtió en la mecenas particular del joven arquitecto. Menos de un año más tarde, Carlo se convirtió en la persona más joven de la ciudad en inaugurar una obra. No se trataba más que de un farol conmemorativo de no recuerdo qué homenaje, pero cuando la lona descubrió la obra de mi casi hermano, bien, no puedo describir fielmente la hermosura que experimenté.

El talento de Carlo le fue recompensado con bastante popularidad en la ciudad. Ya no se trataba tan solo de un miembro de nuestra familia, sino que era un miembro de la comunidad. Jamás lo vi con una mujer o con un hombre. Parecía un hombre comprometido al máximo para con su pasión y nuestra familia, porque a veces se me olvidaba que el motivo de nuestra relación era el mantenimiento del hogar. Por aquel entonces ya cumplí los 15 años, y no me avergüenza decir que me enamoré de Carlo.

Recuerdo particularmente un día de primavera. El tiempo era agradable y yo me encontraba, como de costumbre, tumbada en el césped del jardín leyendo el Decamerón, Me encontraba absorta en aquella obra maestra cuando Carlo se acercó.

- Le piace il suo libro, signorina? – preguntó, expectante.
- Mi sta piacendo molto, grazie per la reccomandazione. – Pronuncié, orgullosa.
- Raccomandazione, pero muy bien el resto. – rio – Cuando estés preparada te haré leerlo en italiano original, te lo advierto.
- Oye, no es justo, ¡que es muy difícil! – grité, fingiendo una pataleta.

Nos sumimos en una fuerte carcajada.

- Venga, levántate, vamos a dar una passegiata. – propuso.
- Me apetece un paseo, sí. ¡Andiamo!

Anduvimos cerca de 2 horas por el monte y la tarde no se podía presentar más espléndida. Al final encontramos un saliente, donde por mutuo acuerdo nos asentamos. Todo el valle se mostraba ante nosotros como una bella demostración del arte de Dios. No pude evitar conmoverme.

- ¿Estás llorando, farfallina? – me dijo Carlo, suavemente.
- ¿Qué? No, bueno si, pero no por esto. Déjame. – me defendí.
- No es malo llorar, así como no es malo sentir.

Asentí, enjuagándome las lágrimas con el dorso de la mano.

- Es solo que... soy muy feliz. No sabes cómo ha sido vivir en esta familia. Creí que conocía la felicidad hasta que verdaderamente la sentí. Y esto, estar aquí, contigo, esto es felicidad.

- ¿Sabes, farfallina? Quien se pone requisitos para ser feliz jamás logrará serlo. La felicidad solo se conoce cuando uno mira a su alrededor y, simplemente, lo sabe. Puede durar días, semanas o incluso un instante, pero para mí, esto, también es felicidad.

Más lágrimas brotaron de mis ojos, pero esta vez no hice nada para detenerlas. Me eché a reír. Carlo se sumó.

- Mi abuelo solía decirme algo, “Se ami la vita, la vita ricambia il tuo amore”.
- “Si amas la vida, la vida te devuelve el amor”.

Sonréí y lloré hasta que me sentí estúpida. Me levanté y pusimos marcha a la vuelta, mientras la tarde empezaba a acariciarnos con el ocaso. Aquella sería una de las últimas tardes que pasaríamos juntos, porque como dijo Carlo, la felicidad, a veces, es tan solo un instante.

Hay recuerdos que uno preferiría no conservar, que sabe que su vida hubiese sido mucho más llevadera si cierto momento no se repitiera una y otra vez en su mente. El mío sucedió un 10 de mayo. Una tarde calurosa se abre paso. Yo vuelvo, como de costumbre, de la escuela. Al acercarme a la puerta, me sorprende encontrarla a medio abrir, por lo que entro con sumo cuidado. Tonta de mí, agarro un candelabro del vestíbulo como si eso me fuese a proteger de cualquier ataque. Voy, discretamente, comprobando habitación por habitación: el cuarto de estar, nada; la cocina, con restos del almuerzo; el jardín, deshabitado y con un libro abierto cuyas páginas corren con el viento. Asustada por la ausencia de mamá, subo por las escaleras, deseando que el habitual crujido de la madera no delate mi presencia. No lo hace. A medida que me acerco a la planta superior, llego escuchando algo de ruido, lo que me tranquiliza. Mamá estará en su habitación, vistiéndose o haciendo cualquier cosa.

Mamá está en su habitación, sí. Está tumbada boca arriba con un cuchillo que una mano anónima está retirando, lentamente de su pecho. Reconozco de repente el portador del cuchillo, quien se queda contemplando, en silencio, el cuerpo inerte de mamá. Sin delatar mi presencia, mil actos se me pasan por la cabeza, pero ninguno de ellos me deja con vida. Cobarde, sigo observando desde las mismas sombras que están empezando a llenarme la cabeza y el corazón. Me dejo llevar por el más básico de los instintos humanos: el miedo. Abandono la casa y corro hasta que las piernas me fallan. Por fortuna o por destino, me encuentro con un agente que policía que se preocupa por mi espanto. Tan solo puedo pronunciar tres palabras: Mamá. Muerta. Carlo.

A decir verdad, no recuerdo muy bien los siguientes días. Fue tal mi estado de shock que apenas comí, bebí ni dormí. Tras el descubrimiento del crimen, el agente me llevó de vuelta a casa mientras él y su patrulla procedían a la detención de Carlo. No lo encontraron. A falta de la presencia del potencial sospechoso, recuerdo que nuestro hogar

se convirtió en una compilación de cintas, marcas y etiquetas, todo a manos de la policía. Estaba mirando por la ventana del coche patrulla cuando me fijé que sacaban algo envuelto en una manta, con una mancha roja en el centro. Se esforzaron por que no mirara, me sacaron y me llevaron fuera de la propiedad, pero nada de eso importaba, ya había visto lo que se encontraba debajo de la manta, y sabía que no lo volvería a ver jamás.

Estuve varios días alojada en un hotel con Pedro, no recuerdo cuántos. Solo sé que cuando la casa ya no tuvo más interés para los policías, nos permitieron volver. Todo se encontraba impecable, incluso ahí donde vi lo que no debería haber visto. Anduve durante horas por los pasillos, los mismos en los que deambulé aquella fatídica tarde, solo que la presencia de mamá que antaño podía sentir, ahora se me mostraba totalmente ausente. Tantas muestras de afecto le negué por motivos estúpidos y ahora lo único que necesitaba era un abrazo suyo. Que injustos somos los seres humanos, valorando todo aquello que ya no podemos obtener, siempre demasiado tarde. Finalmente, mi hogar se convirtió en una casa demasiado grande para dos personas en luto.

Al cabo de unas semanas, Pedro me contó que la policía había encontrado a Carlo escondido en el bosque. Al parecer llevaba varios días sin comer ni beber, por lo que no opuso resistencia a su detención. Ni tan solo entonces aquel hombre que al que debía llamar “padre” me abrazó. Se limitó a brindarme su ausente mirada. Honestamente, no tengo un recuerdo de verlo genuinamente triste. Nunca lo vi llorar, nunca lo vi enfurecer, siempre le vi, sencillamente resignado. Durante un tiempo lo odié por ello, pero finalmente comprendí que ese sentimiento no me iba a ayudar en nada: iba a cumplir dieciséis años y no tenía a dónde ir. Así que, por herencia paterna o por contagio, me resigné.

Sucedieron los meses y los años pasaron. Llegado cierto punto, no recuerdo cuando, hubo un juicio. Por supuesto, mi relato como testigo presencial se mostraba esencial para la acusación, por lo que mi asistencia fue requerida. Quise negarme, quise alejarme de todo aquello que me forzara a revivir aquello con lo que no podía vivir, pero de nada sirvió, y, antes de darme cuenta, ya estaba en el estrado. Lo peor de todo fue, sin lugar a dudas, ver a la persona a la que había brindado mi confianza, la que me había enseñado italiano, la que me había mostrado incluso lo que era el amor, esposada, pendiente de las palabras que mis labios pronunciarían para decidir su destino. Hice lo que tuve que hacer, y después me desentendí. Forjé, a partir de ese momento, una armadura para que me protegiera el alma.

Eventualmente me llegó la noticia: para sorpresa de nadie, Carlo fue declarado culpable de quitarme uno de los pilares de mi vida. En mi corazón ya no había odio ni tristeza, tampoco ninguna fuente de alegría. Mi corazón quedó, simplemente, vacío. Un día, paseando por el centro de la ciudad reparé en la farola que cierto arquitecto había diseñado. Me sorprendió encontrarla completamente vandalizada, golpeada e incluso meada, y me pareció sarcástico que el resto de la ciudad pareciera mas ofendido al respecto que su hija y su marido. Pero así eran las cosas.

Uno hace lo que debe para seguir adelante, y si no lo hacemos, al menos lo intentamos. Aprobé el instituto, hice mi carrera universitaria y conseguí un trabajo. Dejé mi hogar en cuanto cumplí la mayoría, y con ello a Pedro. En lo personal, reí, bebí y hasta gocé, pero jamás amé. Llegué a olvidar lo que esa palabra significaba, pues para mí había perdido el sentido. Como ya dije, pude seguir adelante y pude vivir mi vida, o por lo menos sobrevivirla. A mis veinticinco años, encontré a un buen chico, me hacía sentir bien y era bastante apuesto. Sobre todo, agradecía que no me preguntara por mi pasado ni tratara de ser mi terapeuta, simplemente disfrutaba del tiempo conmigo y yo del suyo. Meses más tarde, fuimos todo lo felices que pudimos ser aun sin ser capaz de amarle y, finalmente, se convirtió en mi marido.

La ceremonia fue sencilla y discreta. Nunca había sido una chica de grandes lujos, y menos aun teniendo en cuenta cómo era mi familia, o por lo menos lo que quedaba de ella. Pedro se enteró por el anuncio del periódico y nos llamó. Me sorprendió que no hubiera reproche en sus palabras, ni tampoco nostalgia. Nos pidió que viniéramos a pasar una tarde en mi antiguo hogar. Al principio me negué, pero mi reciente marido me convenció, así que me reuní con Pedro siete años después.

Durante la velada se mostró muy agradable, mucho más de lo que lo había visto alguna vez en mi vida. Hablamos durante horas, y lo cierto es que fue una tarde placentera. Se me hizo extraño contemplar todo aquello, pero sobre todo conversar con mi padre sin evocar la ausencia de mamá. Parecía que, al fin, habíamos podido pasar página. Estuve cerca de conseguirlo, tanto que casi podía sentir la paz con la punta de mis dedos. Pero, de nuevo, me equivoqué.

Llegado cierto punto, me excusé para ir al servicio y dejé a los dos hombres hablando. Al terminar mis necesidades, deambulé por la casa, igual que lo hice casi una década atrás, pero con sensaciones muy distintas. Dónde antes encontraba tristeza, ahora hallaba nostalgia, y en cada esquina podía sentir la presencia de la mujer que ya solo vivía

en mis recuerdos. Hice de tripas corazón y me dirigí a la escalera, reviviendo el miedo que una vez había sentido, y me adentré en su habitación. Me sorprendió no encontrar rastro de mamá: algún joyero, prendas de ropa o incluso algún alfiler. Nada, como nunca hubiera vivido una mujer ahí, y mucho menos muerto. Sin embargo, la mayor sorpresa ocurrió al hurgar entre los cajones de Pedro. ¿Por qué lo hice? No lo sé, tal vez para encontrar vestigios de que alguna vez le había importado la mujer con la que se casó. Finalmente lo encontré, en el tercer cajón, pero lo que era jamás lo hubiese imaginado.

Así lentamente el cajón hacia mí, procurando no hacer ruido. No sé por qué, tal vez sentía que aquello era, de algún modo, incorrecto. La cuestión es que dentro encontré un manojo de papeles mecanoscritos. No aparecía portada, tan solo un título: *La Vida Breve de las Mariposas*. Así, me dispuse a leer para poder comprender lo que sujetaba en mis manos y, nada más empezar las primeras líneas, lo supe: se trataba de un manuscrito de mamá.

La obra narraba la historia de una mujer que vivía sola en una villa. Su marido, muerto o desaparecido por la guerra, no había vuelto a casa, lo que había sumido a la mujer en una profunda soledad. Es cuando llega un apuesto joven a una villa vecina que la mujer descubre un nuevo motivo para vivir. Entre ambos surge una bonita amistad que desemboca inevitablemente a un amor prohibido. Estaba por terminar esa parte cuando de repente escuché un ruido y encontré a Pedro mirándome fijamente.

Supongo que a causa de la lectura perdí la noción de todo mi alrededor y, sobre todo, del tiempo. Tal vez llevaba cinco minutos, tal vez veinte, pero fue lo suficiente para que mi ausencia se hiciera notoria y Pedro me descubriera leyendo, sentada en su cama. De su rostro percibí una furia como las que había contemplado tantas veces de niña. Sin mediar palabra, me arrancó aquellas hojas de las manos y se dirigió hacia el cuarto de estar. Allí, iracundo, arrojó el manojo de papeles a las vivas llamas que se encargaban de dar calor a la habitación. Tras eso, me forzó a marcharme. Mi marido, que todavía se encontraba a media copa de whisky, se vio obligado a dejarla y seguirme, sin comprender que es lo que había sucedido en aquella fracción de tiempo. Esa fue la última vez que hablé con Pedro.

Estuve días procesando todo lo sucedido. No podía comprender tal reacción ante un manuscrito acabado de mamá. Había alguna pieza que no encajaba en todo el entramado e ignoraba cuál era. Decidí, pues, sumergirme en el mundo literario de mamá. Durante semanas me encontré devorando sin cesar todas las novelas que había publicado

en vida, y por fin lo comprendí. Cada una de las novelas era una carta al mundo donde contaba todas sus penas y alegrías. Desde la inocencia de la juventud hasta la infelicidad de su matrimonio y la alegría de la maternidad. Entonces, siguiendo esa misma lógica, tuve claro cual sería mi próximo paso.

Nunca en mi vida había estado en una cárcel. A pesar de mi cultura y formación, los centros penitenciarios se me evocaban peligrosos y medievales, como las mazmorras de piedra con grilletes encadenados a la pared. La realidad fue mucho más normal. Me encontré con un edificio que bien podría haber sido una residencia de ancianos como un hostal sencillo. Me dieron mi numero de cola y me sentaron en una sala de espera. Me sentí como si hubiera ido a hacer un trámite en el ayuntamiento. Tal vez fue por la sensación que me había generado ese lugar, tal vez fue porque hacía casi una década desde que lo había visto en el banquillo de acusados, pero Carlo me pareció un extraño.

Sus ojos azulados ahora adornaban un rostro extremadamente envejecido, cubierto por un cabello corto que ya denotaba bastantes canas y una barba de varios días. No lo hubiese reconocido en cinco vidas hasta que pronunció la primera frase:

- Hola farfallina. Cuánto tiempo.

Me quedé petrificada. Durante todo ese tiempo me había convencido de que el hombre que vi aquella fatídica noche, el hombre que me encontré desde el estrado, el hombre cuya foto había visto en el periódico y que ahora se encontraba frente a mí, no era Carlo. Tal vez un espectro o una sombra. Pero no Carlo. Sin embargo, lo era. Me quedé unos segundos en silencio, sin saber que decir.

- ¿Lo hiciste? – pregunté.

Carlo se mantuvo unos segundos callado.

- Ahora ya no importa. – respondió, resignado.
- ¿Cómo dices?
- Tras diez años encerrado, esa pregunta carece de sentido. No importa si hiciste aquello por lo que te metieron aquí. Responder no ayuda a pasar más rápidas las horas, los días y los años. Suceden igual de dolorosos, como agujas que se clavan lentamente en el pie.

Volví a optar por el silencio. Tanto tiempo esperando un momento para luego no saber pronunciar una palabra.

- Necesito saberlo, por favor. Sí alguna vez me has apreciado, responde a la pregunta.

Carlo suspiró.

- No. No lo hice. Es tarea tuya decidir si creerme o no. Pero jamás lo hubiese hecho. No podría. Yo...

- La amabas. – interrumpí.

Carlo me miró, sorprendido. No había nada salvo pena en su mirada.

- Encontré un manuscrito suyo. Creo que hablaba de ti. Por supuesto que la amabas, estuve todo ese tiempo enamorada de ti sin poder ver que tu amor tenía otra dueña. Y ella te amaba a ti.

Una lágrima se deslizó por el rostro consumido de Carlo.

- Entonces esa noche... - pregunté.

- Viste el segundo acto de una obra ya empezada. Yo llegué a casa después de hacer unos recados. Era poco después de la hora del almuerzo. Por aquel entonces, solíamos aprovechar para encontrarnos hasta que tú llegabas del colegio. Pero ese día no la pude encontrar. Registré toda la casa hasta que la encontré, ya sabes cómo. No supe qué hacer. Me quedé de piedra. Mi siguiente instinto fue retirarle el cuchillo, para que no siguiese sufriendo en la muerte. Iba a llamar a la policía, pero imagino que entonces fue cuando me viste.

Un mar de lágrimas empezó a brotar de mis ojos.

- Yo... lo siento tanto... yo...

- No lo sientas. Por favor, no derroches una sola lágrima por mí. No podías saberlo. Eres una niña. Nunca te he culpado de nada. Quiero que lo sepas, por favor. No llores, farfallina.

- Alguien me dijo una vez que no es malo llorar, así como no es malo sentir.
– dije, esbozando una sonrisa entre lágrimas.

Carlo puso la mano sobre el cristal que nos separaba, y no sé cómo, pero pude sentirla acariciando mi rostro. Seguí llorando.

- El manuscrito... -empezó – No estaba inacabado. Estaba incompleto.

- ¿Cómo? – pregunté.
 - Marta, tu madre me entregó la otra mitad. Quería que la tuviera yo, como las dos partes de un corazón.

- ¿Y dónde...?
 - La tengo a buen recaudo. Es lo único que me consuela por las noches. Creo que fue por eso por lo que la mató.

- ¿Quién?

Carlo hizo un silencio.

- Pedro... -adiviné, apretando los puños – Tenemos que ir a la policía. Tenemos que contarla. Eres inocente. Tienen que sacarte de aquí, tenemos que...

Carlo sonrió.

- Como te he dicho, eso ahora ya no importa. Hice todo lo que pude para que pagara el culpable, pero su influencia y mi situación me llevaron aquí.

- Pero tenemos que hacer algo... - pronuncié, llorosa.
 - Puedes hacer algo. -dijo Carlo, todavía sonriendo – Cuenta al mundo la historia que tu madre no pudo. Nuestra historia.

- Pero la otra mitad... está destruida.

- ¿Y cuando ha sido eso un problema para ti, farfallina?

Sonréí y asentí.

- ¿Y tú que harás? – pregunté.
 - ¿Yo? Lo que siempre he hecho. Seguirla amando, en silencio, hasta el resto de mis días. Mi corazón está libre de rencor, el amor que lo ocupa no deja espacio para más.

Volví a llorar, pero no estoy segura de si fue tristeza. Un guardia se acercó por detrás.

- Se acabó el tiempo. – dijo.
 - ¿Te acuerdas de lo que dije aquel día en la montaña? – me preguntó rápidamente.

- “Si amas la vida, la vida te devuelve el amor”.

Carlo esbozó una sonrisa. La mantuvo mientras desaparecía tras los barrotes y estoy segura de que la mantuvo durante el resto de su vida.

FIN.

NOTA BIOGRÁFICA SOBRE EL AUTOR

PAU BASCOMPTE es criminólogo, graduado en la Universidad de Barcelona, con un Máster en Perfiles Forenses de Peligrosidad Criminal por la Universidad Rey Juan Carlos. Desde hace varios años combina su formación en criminología con la escritura literaria y la divulgación, colaborando de manera recurrente con artículos de opinión en *El Periòdic d'Andorra*. Ha participado en certámenes literarios y en 2022 fue finalista del concurso Relato 48 con su obra *Sonata 48*. Su narrativa explora la psicología humana, el crimen y la ficción breve, uniendo rigor y sensibilidad en la construcción de personajes y situaciones.

Contact: paubascom56@gmail.com.